

DAVID ESTEVAN

INFLUENCIA SOCIAL DE LA BELLEZA

Memoria leída por su autor en la solemne sesión de apertura del curso en la Academia de los Caballeros de la Inmaculada y San Ignacio de Loyola, en la noche del 11 de Octubre de 1925.

**PUBLICADA POR LA
REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS ALMERIENSES**

**ALMERIA
PAPELERIA INGLESA
1925**

11/19/1934

DAVID ESTEVAN

INFLUENCIA SOCIAL DE LA BELLEZA

Memoria leída por su autor en la solemne sesión de apertura del curso en la Academia de los Caballeros de la Inmaculada y San Ignacio de Loyola, en la noche del 11 de Octubre de 1925.



PUBLICADA POR LA
REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS ALMERIENSES

ALMERIA
PAPELERIA INGLESA
1925



INFLUENCIA SOCIAL DE LA BELLEZA

CONFERENCIA

leída por DON DAVID ESTEVAN en la solemne sesión de apertura de la Academia constituida por la Congregación de Caballeros de la Inmaculada y San Ignacio de Loyola, en la noche del 11 de octubre de 1925.

Emmo. Señor: ⁽¹⁾

Dos palabras para cumplir un encargo honroso.

Salutación.

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica; con la intervención generosa del Rey, nuestro señor; entre vivas demostraciones de amor y ardientes testimonios de regocijo y rendidos tributos de reverencia; sin más enojo que el de vuestro corazón humilde, abrumado por el peso de tantas grandezas, habeis sido exaltado a la más alta dignidad de la Iglesia y volveis hoy al hogar de vuestros hijos muy amados, a este viejo solar almeriense, tan adicto a vuestra persona y tan admirador de vuestras virtudes, desde que las mostrásteis, con muestra tan gentil, en los días venturosos de vuestro venturoso pontificado.

(1) S. E. el cardenal Casanova y Marzol, Arzobispo de Granada.

¡Singular paradoja de la vida! Los hombres se afanan por las glorias mundanas, por los títulos esclarecidos, por las jerarquias excelsas: y suelen perecer en la demanda ostentando una vanidad estéril, que no logra obtener la anhelada satisfacción. Vos, humilde y sencillo, sin afanes de grandeza, sin ambiciones de notoriedad, sois, a pesar vuestro, elevado y enaltecido, y vestis de púrpura, con arreos de príncipe y atributos de autoridad suprema. Y el Sumo Pontífice os llama hermano; los Reyes, padre; los jerarcas, señor; las puertas de los palacios se os abren, propicias, sus guardias os rinden honores, sus heraldos anuncian como un honor vuestra visita; las mesas reales os reciben, gozosas, para compartir el pan y la sal con sus magníficos dueños; y donde quiera os mostrais, la pompa os acompaña y hombres y pueblos se disputan la gracia de vuestras bendiciones.

Sed bien venido a vuestro pueblo y quiera Dios que os halleis ahora bien hallado en el seno de las congregaciones marianas, que mediante mi modesta palabra, os saludan; y sean bien venidos, y quiera Dios que se hallen bien hallados entre nosotros, los claros e insignes varones (1) que os rodean y acompañan, y que ostentan los atributos y las insignias de la autoridad humana que encarna el derecho y lo realiza en la justicia y en el orden.

* * *

Exordio

Unas palabras de Steiner me sirven a maravilla para expresar el pensamiento que me domina, al iniciar esta conferencia. No me proponga enseñar, sólo quiero despertar... Esto es, despertar ideas y sentimientos, no importa si de acuerdo con los míos o en absoluta oposición. Más que aprender importa el deseo de aprender; más que saber, que bien poco sabemos siempre, importa la

(1) Los señores Obispo de la Diócesis, General Gobernador Civil, Presidentes de la Audiencia y Diputación provincial y Alcalde de la Capital.

curiosidad espiritual; y las mejores palabras serán las que den más vuelo a nuestro pensamiento y como inspirada música, sin decirnos nada, nos hagan sentir algo inefable, como esos silencios amorosos, que son cordialidad de las almas.

En suma, no os invito a escuchar un discurso, os invito a escuchar lo que llaman los franceses una *causerie*, una conversación, una conversación amistosa y efusiva: yo hablaré en voz alta, vosotros mantendréis el diálogo con vuestra atención y ojalá que mis palabras encuentren en vuestro pensamiento, y mejor aún en vuestro corazón, una resonancia sentimental.

¡Una resonancia sentimental! Tal vez me he excedido en el propósito. Verdaderamente es altísima y audaz pretensión ésta de producir en el ánimo de los que nos escuchan esa amable y seductora resonancia espiritual que se compendia en esta frase, emoción. Aun sintiéndola dentro de nosotros mismos, es difícil y grave tarea transmitirla a los demás. Si fuera tan llano comunicar los corazones por medio de la palabra, ni el mundo sería tan egoísta, ni la humanidad tan descreída ni los hombres tan ingratos. Las siete palabras de Cristo en la Cruz hubieran movido, con movimiento uniforme y con gratitud perdurable, todos los corazones de la tierra. Y sin embargo si Cristo volviera a la vida y agonizara de nuevo, tendría que repetir «tengo sed», con la misma mortal angustia conque exhaló este clamor en la tarde pavorosa y sombría del Calvario.

Viniendo al tema, repito que vamos a discurrir juntos sobre la influencia que la Belleza puede ejercer en la sociedad, o de un modo más concreto, sobre los hombres socialmente organizados. Como yo soy en todo un hombre a la antigua española, condición que ya empieza a justificar mi partida de bautismo, un tanto remota, soy hombre de método, y así no concibo el desarrollo de un tema sin decir algo de su concepto fundamental. Ahora, este concepto es la belleza.

Pero ¿qué es la belleza? A esta pregunta saben contestar con exactitud y acierto todos los hombres... menos los filósofos. Seguramente que todos vosotros y yo también sabemos lo que es belleza: si nos lo preguntamos a nosotros mismos, hallamos inmediatamente una respuesta adecuada.

Los únicos que no saben lo que es belleza son los tratadistas de Estética. Aquel que caiga en la tentación, bien racional por cierto, de inquirir lo que es la belleza, en los libros de los grandes maestros de la Filosofía, no dará ciertamente con la verdad, sino con el caos. Yo he tenido muchas veces la mala ventura de investigar el concepto en esos libros y siempre he terminado sin una idea en la mente, pero con dolor de cabeza. Y váyase lo uno por lo otro.

Y sin embargo la belleza es algo visible, algo notorio y manifiesto que mueve los corazones y eleva las almas, y emociona y cautiva y despierta la admiración; y si no se ofrece al entendimiento como una idea concreta, como un concepto específico y claro, rinde la voluntad al amor, inclina el entendimiento a la verdad, puebla la fantasía de imágenes espléndidas; y desde el sagrado alcázar del espíritu fluye a la vida y en ella toma plaza y realidad. ¿Para qué necesitamos definir la belleza, si con definición o sin definición, donde quiera que la hallamos, en la naturaleza o en el arte, ha de cautivarnos y seducirnos y aprisionar nuestra alma entre sus castos brazos de doncella, vestida de plata y de esplendores, como la luz de la mañana?

Definición de
San Agustín

Aquel glorioso Padre de la Iglesia, a cuyo entendimiento altísimo y poderoso correspondió el título de Aguila de Hipona, el gran San Agustín, definió la belleza con esta frase sintética y admirable: el resplandor del orden; es decir la unidad radiante en la diversidad y por cuya radiación siente el alma el deleite de la vida, de la armonía, del bien; la luz interna de las cosas.

En efecto, no se concibe la belleza sin la luz; la crea-

ción se inició con el divino mandato para que la luz se hiciera: en la mente creadora germinó, sin duda, el pensamiento de que sin la luz no se creaba un mundo, sino un caos. Unos días más tarde se concedió al mundo espiritual la luz de los entendimientos y de los corazones mediante la merced generosa de otorgar al hombre un alma formada a la imagen y semejanza de Dios. Así, desde el principio del mundo, fué la luz signo de toda grandeza y su esplendor iluminó el orden, de donde surgió según la frase sublime de San Agustín toda la belleza creada.

En todo lo que existe bello y amoroso, luce una luz: la belleza el sol la enciende en los matices de las flores, la luna en el misterio de la noche, las estrellas en la augusta serenidad del cielo, la electricidad en el relámpago que rasga las nubes amenazadoras, el instinto o la razón en los ojos de todos los seres creados; la inspiración del artista en los colores del cuadro, en las líneas y contornos de la estatua, en el verbo alado de la poesía, en la pompa magnífica de la elocuencia, en la palpitación vibrante de la acción trágica y dramática y en el contraste vigoroso y en la sorpresa amable de lo cómico.

El pensamiento, lo más alto, es luz que ilumina la razón; la fé, lo más excelso, es luz que ilumina la conciencia; el sacrificio, lo más noble, es luz que ilumina el corazón; la esperanza, lo más risueño, es luz que ilumina la voluntad; el amor, lo más grande, es luz que ilumina la vida. ¿Qué más? Hasta en una concepción imaginaria o fantástica de la vida ultraterrena, apenas si se conciben el infierno y la gloria sino imaginando al primero como un lugar cerrado, sumido en las tinieblas de una noche interminable y sombría y la gloria como un espacio infinito bañado en las claridades suavísimas y en los esplendores amables de una aurora apacible y espléndida. Ya dice el Evangelio de San Juan que Dios es luz y no hay tinieblas en Él.

Cuando Cristo expira en la cruz se nubla el sol: cuan-

do, vencedor de la muerte resucita, surge del sepulcro nimbado con las refulgencias de la mañana: las últimas palabras de Goethe, ante las sombras de la muerte que se acerca, son para pedir luz, más luz; Victor Hugo llama a la sombra. Y en nuestra poesía popular es Doña Inés de Ulloa luz de donde la toma el sol; para indicar que es compendio y resumen de la belleza y numen encantado del amor.

En síntesis: unidad, variedad, proporción, poder, armonía, he aquí la belleza. Los elementos componentes pueden resumirse, como veis, en aquella mágica palabra, orden. Entendamos que no es el orden abstracto y vacío, el orden muerto y sin expresión, sino el orden vivo y refulgente, el orden que lleva consigo el esplendor de la unidad. Esta es la belleza. Reproducirla, expresarla, comunicarla por medios sensibles; ver lo bello que se descubre, cantar lo bello que se vé, amarlo, idealizarlo, transmitirlo con todos sus naturales encantos a través de un temperamento exquisito y con formas adecuadas y sensibles: he aquí el Arte.

Todos los hombres somos capaces de descubrir la belleza, todos la admiramos, en todos despierta un sentimiento de amor. Pero unos hombres privilegiados, más sensibles, más penetrantes, la descubren con más rapidez, la admiran con más fervor, la aman con más viveza; se apoderan de ella, la albergan en su espíritu como en dorado alcázar, y el alcázar se convierte en altar y la admiración en culto y el amor, como siempre, en fuerza fecunda y creadora. Y así por el poder de esta virtud y de aquella alianza entre la belleza que ofrece la vida y el espíritu humano que la contempla y la ama, surge una nueva belleza, más elevada y seductora; porque sobre sus naturales encantos brilla la chispa sublime del ideal que purifica la materia, sin falsearla, y le presta las galas y los matices de la inspiración, ese enorme poder creador que resucita a la materia muerta e imprime a la materia viva los alientos poderosos y las ardientes vibracio-

nes del espíritu humano, mediante lo cual palpita el marmol al contacto del cincel de Fidias y adquieren los colores relieve y movimiento y ritmo en la paleta de Miguel Angel.

El canto de la alondra que anuncia el día es bello; pero cuando Shachspeare lo recoge en su espíritu y lo viste con las galanuras de su genio en aquel poético instante de la despedida de Romeo y Julieta, el cántico del ave mañanera llega hasta nosotros no sólo con sus trinos suavísimos y sus cadencias seductoras, sino con los acentos maravillosos y el ritmo encantado que le ha transmitido el gran poeta de las creaciones inmortales.

No puedo resistir a la tentación de copiar un pasaje que expresa a maravilla la calidad de las vestiduras con que los artistas envuelven la belleza de las cosas. Un poeta describe la asistencia que presta a un pobre ciego una mujer que le ama, y dice así: «Ser ciego y ser amado es, en efecto, en esta tierra, donde nada está completo, una de las formas más singularmente exquisitas de la felicidad. Tener continuamente a nuestro lado una mujer, una hermana, una hija, un sér agradable que está allí porque no puede prescindir de nosotros. Y si la suprema felicidad de la vida es la convicción de que somos amados a pesar de nosotros mismos, esta convicción la tiene el ciego... No se pierde la luz si se conserva el amor... ¡Y qué amor! Un amor compuesto enteramente de virtud. No hay ceguera donde hay seguridad. El alma busca a tientas al alma y la encuentra. Esta alma encontrada y probada es una mujer. Una mano os sostiene, es la suya; una boca roza vuestra frente, es la suya; ois una respiración cerca de vosotros, es ella. Tener todo lo de ella, desde su culto hasta su piedad. No verse nunca abandonado, tener esta dulce debilidad que os ampara, apoyarse en esta caña incommovible, tocar con las manos la Providencia y poder cogerla en sus brazos. ¡Dios mio! ¡Qué encanto...! Y en él pequeños cuidados. Nadas que son enormes en este vacío. Los acentos más inefables de

la voz femenina empleados en arrullaros, suplen para vosotros al universo desvanecido. Nos acarician con el alma. No vemos nada, pero sentimos que nos adoran.»

¡Poder inmenso y fascinador de la poesía! Todos los hombres pueden ver y han visto este cuadro; pero sólo un poeta es capaz de pintarlo con los delicados matices, con la recóndita ternura, con los dulcísimos acentos que se advierten en esta página admirable.

El sentimiento caballeresco y el fervor religioso que animó a la España de los siglos pasados, sobre constituir nuestra excelsa ejecutoria de nobleza y nuestro legítimo orgullo, irradia con los esplendores de una belleza rutilante y conmovedora. Pero esa belleza deslumbra y esa emoción convoca las lágrimas a las pupilas, cuando cristaliza en aquella redondilla inmortal, que pone en los labios de Pedro Crespo esta síntesis sencilla y admirable de aquella ejemplar hidalguía:

Al Rey la hacienda y la vida
se ha de dar, pero el honor
es patrimonio del alma
y el alma sólo es de Dios.

¿Qué más? Hasta las ansias por la gloria eterna, el afán del cielo, el desdén de la vida presente y la natural aspiración de lograr pronto aquella otra vida superior y eterna en el seno de la bienaventuranza, parecen más apremiantes y seductoras cuando vibran en la lira de oro del Doctor extático en aquellas estrofas de sublime poesía:

Esta vida que yo vivo
es privación de vivir;
y así es continuo morir
hasta que viva contigo;
oye, mi Dios, lo que digo,
que esta vida no la quiero,
que muero porque no muero.

Y ya que he nombrado al sublime poeta, bueno es re- Influencia general
 cordar una de sus estrofas inmortales, que parece como
 síntesis admirable de lo que es la belleza y de la influen-
 cia inmediata que ejerce sobre todas las cosas que la
 rodean:

Mil gracias derramando,
 pasó por estos sotos con presura,
 y yéndolos mirando,
 con sólo su figura
 vestidos los dejó de su hermosura.

Así la belleza en la Naturaleza y en el Arte vá mil
 gracias derramando por todos los sotos, envuelta en un
 manto magnífico y esplendente, orlada de flores, perfu-
 mada y amable, con la régia pompa que corresponde a
 su excelsa soberanía; y ya camine con la presura de que
 habló con sus dulces acentos el poeta, ya con delecta-
 ción y detenimiento, todas las cosas en que fija su mira-
 da, que es luz, y gracia y fascinación irresistible, se vis-
 ten luego de aquel singular atractivo que ella ejerce y de
 aquella encantadora y gentil seducción que es su esen-
 cia, y de aquella suavísima y amable dulzura que irradia
 su imagen y que lleva en sí misma una enorme fuerza
 expansiva y un intenso e inevitable poder de comunica-
 ción y de contagio. Por donde ella pasa y mira no que-
 dan sotos áridos, tristes ni sombríos:

con sólo su figura
 vestidos los dejó de su hermosura.

He aquí cómo resulta ahora manifiesta la falsedad que
 encierra aquel dicho vulgar, tan extendido y corriente, de
 que todo se pega menos la hermosura. Ciertamente que la be-
 lleza de unos ojos claros y serenos, como aquellos del fa-
 moso madrigal de Gutierre de Cetina, no se transmite
 ni substituye a la fealdad de otros ojos mudos, inarmóni-
 cos, sumidos en las contracciones del estrabismo; pero
 los ojos luminosos y dulces que guardan alternativamen-

te en sus pupilas el misterio de la noche, la gracia de la aurora, la azul serenidad del cielo y la verde e incitante magnificencia del mar, ejercen ante quien los contempla aquella irresistible fascinación, mediante la cual todo lo que se vé parece amable, como si de la belleza de lo contemplado irradiara una luz, o emanara un perfume, que no permitiera mirar ni ver en derredor cosa alguna, que no estuviera vestida de aquel esplendor y perfumada de aquel aroma.

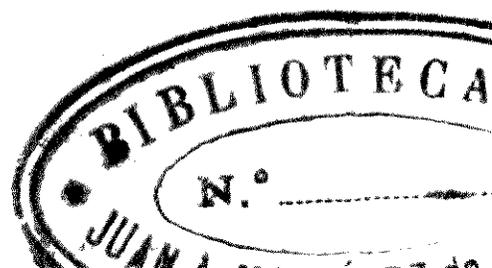
Cuando menos esta influencia de la belleza es notoria. Podría llamarse una influencia de compensación. Donde se encuentran cosas várias, bellas y feas, las bellas atraen todas las miradas y despiertan todos los amores, y no dejan espacio ni tiempo para mirar lo feo y padecer el sentimiento de repugnancia que inspira. Y todavía si por obra del mal gusto, por imposición de la realidad o por deformación de nuestra propia naturaleza, contemplamos lo feo y sufrimos el malestar inevitable de su presencia, es una esperanza de alivio, una compensación consoladora la que nos ofrece la belleza, que está allí llamándonos con su voz, con su voz a un mismo tiempo suave y penetrante, porque es dulce, con la dulzura de un suspiro, y es intensa, con intensidad suficiente para llegar hasta el alma y hacer en ella remanso de amor.

La Belleza y el Amor.

Como de pasada he dicho, que la belleza inspira el amor. Bastaría esta nota para bendecir eternamente esa influencia. Y así, el arte que ha idealizado la naturaleza ha idealizado igualmente el amor, como la religión lo ha santificado. Si la religión y el arte no hubieran prestado otro servicio a la humanidad, éste de convertir una sensación en un ideal, éste de transformar un instinto, en una afición tierna y delicada, en una atracción elevada y generosa, en un lazo santo, éste de convertir el egoísmo en abnegación, el apetito en sacrificio, es en lo espiritual un milagro tan maravilloso, como aquel que en la naturaleza se realiza cuando de la combinación de un puñado de tierra y unas gotas de agua sucia surge una azucena.

Y como las ideas no sólo se enlazan por el vínculo de la analogía sino por el de sucesión, y unas engendran otras que a su vez engendran otras nuevas, estos conceptos del amor me inducen a expresar uno que es fundamental y además consolador y cristiano, pleno de esperanzas y seducciones. Me refiero a la supremacía que la belleza espiritual ejerce sobre la física—natural o artística—cuando de su influencia social se trata. Sabido es que la belleza engendra el amor, el amor en su más amplio y general sentido. Pero el amor es un anhelo del espíritu, una emoción deliciosa y suprasensible, una afición natural, que a través del alma se transforma en un sentimiento con aptitud para todos los sacrificios y con capacidad para todas las dulzuras y para todos los consuelos. Las olas del mar impetuosas y rugientes, que avanzan con estrépito para deshacerse con blando murmullo en blanquísimas espumas.

Observad la vida. Amamos a una mujer: unas pupilas luminosas, una tez de raso, una cabellera brillante, una boca fresca, una silueta gentil nos la muestran adorable, seductora. Pero el tiempo es cruel; la luz de las pupilas se apaga, y sin embargo nuestro amor luce y brilla como un astro: la suavidad de la tez se pierde en surcos y arrugas, y sin embargo nuestro amor permanece íntegro sin un desmayo y vibrante sin un silencio; la cabellera pierde su esplendor bajo la escarcha otoñal, y sin embargo nuestro amor sonríe entre flores; los labios se marchitan y los dientes se deforman o caen, y sin embargo nuestro amor mantiene poderosas y penetrantes sus raíces; la línea se desvanece en la amplitud de la obesidad o en la rigidez de los músculos, y sin embargo nuestro amor conserva la firmeza de sus rasgos y el relieve de su esencia; en suma, en la imagen adorada se ha extinguido el perfume de la juventud, es vulgar, tal vez desproporcionada, quizás grotesca. Y nuestro amor vive, alienta, vibra, fulgura y crece y se eleva y se extiende y se purifica, como si de cada encanto físico



que se desvanece o de cada perfección natural que se deforma en la mujer amada, surgiera como en una resurrección, un estímulo más poderoso y un motivo de seducción más invencible.

Y ahora es obligado preguntar: ¿qué belleza inspiraba nuestro amor? ¿qué belleza le mantenía? ¿qué belleza le comunicó la fuerza expansiva que le hizo crecer, el impulso que le obligó a aumentar, a extenderse incesantemente? No se puede dudar: aquella belleza inmarchitable y purísima, libre de las imperfecciones de la carne y de las mudanzas del tiempo: la que no reside en cosas ciertamente amables, pero efímeras; la que no se puede descomponer por el abultamiento de una línea, ni por el cambio de matiz de un color, ni por la alteración de la superficie en un plano. Pues amamos con el alma, en el alma hemos encontrado los elementos de inspiración de nuestro amor, y así ha sido éste tan permanente como la vida. ¿Qué digo, como la vida? Más que la vida misma; porque por el recuerdo o por la esperanza, el amor dura más que la vida que le inspiró, y más que la vida que le mantiene. Dura más, porque se ama a los muertos; dura más, porque al que ama, ante su propia muerte, todavía le sonríe la esperanza de que las almas que se amaron pueden unirse más allá del tiempo y del espacio, en el augusto seno de la eternidad.

¡Amor que creas la vida y la encantas y la iluminas, huella perdurable de la belleza, que sobrevive a todas las ansias terrenales!. Bien supo de tí el Príncipe Segismundo cuando cantaba las cuitas amargas de su efímera grandeza:

De todos era señor,
y de todos me vengaba:
sólo a una mujer amaba:
que fué verdad, creo yó,
en que todo se acabó
y esto sólo no se acaba.

Pero si el arte ha de inspirar el amor, si la belleza creada por el artista ha de inspirar el amor y enaltecerlo y sublimarlo, es preciso que el artista, el autor de la obra, lo sienta y perciba con aquella sublime grandeza que las cosas elevadas han de encarnar para sostenerse y transmitirse. El P. Félix, famoso jesuita y orador excelso, pudo exclamar desde el púlpito de la Catedral de París, dirigiéndose a los artistas que le escuchaban, estas vibrantes y elocuentísimas frases: «Es que para conseguir vuestro fin, no debeis solamente elevar la mirada de la multitud, al par de la vuestra, hacia todo lo que hay más grande, más perfecto, más divinamente bello; debeis elevarla principalmente sobre su corazón, sus afectos y sus amores. Lo que detiene a todos los individuos, a todas las familias y a todos los pueblos en su ascendente marcha, es la gravitación de los corazones hacia las cosas ínfimas, y lo que que precipita su marcha en los abismos de la degradación, es el abatimiento del corazón y la caída de sus amores. ¿No veis cómo por todas partes las cosas bajas, viles y a veces inmundas, tuercen nuestros corazones lo mismo que nuestras miradas, desenvolviendo las tendencias degradantes y groseras.? ¿Quién vendrá a realzar nuestros afectos, elevando nuestros corazones hacia las cosas sublimes?. ¿Quién nos hará amar lo puro, lo santo, lo bello, lo invisible, lo infinito, Dios, en fin?. Artistas, si lo deseais sereis vosotros: esta es verdaderamente vuestra vocación. Pero no os olvidéis de que nadie es gran artista si no tiene un amor sublime».

No sigamos sin añadir una afirmación inexcusable, que coincide también con el pensamiento del glorioso jesuita últimamente citado. En el arte como en la vida, en los artistas como en los admiradores de sus obras, el amor es fingido y estéril, si no es abnegado y generoso: amor que no es sacrificio no es amor. El egoísta no puede amar fuera de sí: necesita todo su corazón para adorar su propia persona: el culto del yó, excluye todo

otro culto. Yo lamento fatigaros con esta repetición constante que aparece en todos mis discursos: el egoísmo es un monstruo, y por serlo es repugnante, terrible, estéril y cruel: en la vida acaba en la sordidez y en la impotencia: en el arte, en el afán del aplauso o en la ambición del dinero: en el efectismo o en la especulación. Amar a Dios, amar al hombre y amar la belleza exige un gran olvido de nosotros mismos. El que se preocupa de sí, siente crecer esta preocupación hasta sacrificar todas las tendencias y olvida a Dios, rechaza al prójimo y viste la belleza con las vestiduras que mejor se acomodan a sus convicciones o a sus deseos; y así Dios acaba por ser un mito, el prójimo un objeto de explotación y la belleza una mercancía que se lanza a la plaza menos surtida, donde puede mostrarse sin riesgo y venderse sin competencia. De todos los seres humanos, la madre de familia es el más adorable. ¿Sabeis por qué?. Porque la mujer, casta y fecunda al mismo tiempo, es la viva imagen de la abnegación y del sacrificio.

Sólo se concibe el egoísmo en los ateos y en aquellos seres nacidos por algún milagro de la naturaleza. Yo no puedo ser egoísta porque soy creyente y porque he nacido de una mujer, y no concibo que los que se encuentran en ese caso no se hayan limpiado de esa mancha infamante y grosera. Cuando pienso que Cristo, hijo de Dios ofreció y entregó su vida por redimirme, y que mi madre arriesgó la suya por darme la mía, me despreciaría a mí mismo, si estos dos ejemplos no me indujeran, con inducción irresistible, a amar y a sacrificarme por los que amo.

La Admiración

Volvamos al tema. Todo amor, y en esto no hay excepciones, inspira una irresistible admiración por la cosa amada: hasta el egoísta se admira a sí mismo con la más dulce y devota admiración. El artista que ama sinceramente la belleza, la admira con entusiasmo y admirándola transmite esa admiración a los que la buscan y contemplan. Y como se ha dicho con razón, que «ad-

mirar es igualar», este noble imperio de la admiración iguala al hombre, en cierto sentido, con la belleza admirada o con el artista que la crea. Leveque dijo, que «la admiración es el sol de las almas;» y en efecto, como el sol, la admiración alumbra la fantasía, caldea el corazón, vivifica los nobles sentimientos, fortalece la voluntad; en una palabra, fecunda el espíritu.

Pero el imperio de la belleza es más poderoso y más extenso. De todos los poderes de la tierra es el único que se hace obedecer sin dictar órdenes, de todos los poderes de la tierra es el único que domina sin policía y sin tribunales, sin vigilancia y sin sanciones. Es además el que tiene más súbditos, porque es universal y perpétuo. Todos los poderes humanos se han desvanecido sin dejar más huellas que el recuerdo de sus abusos o de sus justicias. Las monarquías más fuertes se han derrumbado, las repúblicas más veneradas se han destruido, las instituciones más altas y más erguidas se han humillado al paso del tiempo, o a las conquistas de la ciencia o a los embates de las pasiones. El imperio del Arte permanece en medio de las ruinas, grande, excelso, intangible, en gloriosa y perpétua juventud. La ciencia no ha podido transformarlo, el tiempo no ha podido envejecerlo, la pasión no ha podido falsearlo; los hombres no han podido derribar sus templos, ni detener su marcha triunfal, ni reducir sus manos a la impotencia, ni sus lenguas al silencio, ni sus creaciones al olvido.

Nerón, Alejandro, Augusto, Napoleón y Maquiavelo: todos los Enriques, y los Luises, y los Felipes y los Pedros son una sombra desvanecida en la realidad y que apenas palpita, entre debates apasionados y juicios contradictorios, en el alcázar de la Historia, que por lo que tiene de monumento artístico ha sido su último refugio. Pero la voz de Platón suena todavía en todas las academias, la lira de Homero vibra en todos los Parnasos, la paleta de Rafael se evoca en todos los Museos: Demóstenes, tiene más discípulos, Dante más admiradores, Shackes-

peare, más intérpretes. Goethe, eleva su nombre, Velázquez, agranda su gloria, Lope mantiene en fresca verdura sus laureles; y Don Quijote, que nació en un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiso acordarse su glorioso progenitor, es amigo de todos los hombres del planeta, y habla con ellos en todos los idiomas. Han pasado los tiempos, se han transformado las modas, se han renovado las doctrinas, han nacido y han muerto las escuelas, se han sucedido los principios; los hombres son nuevos, las teorías diversas, las aspiraciones múltiples y contrarias; pero la belleza reina, inmortal y augusta, sobre el mismo trono y se viste, inmutable y magnífica, con la misma pompa.

No trato de violentar los argumentos ni de juzgar a través de mi pasión o por las exigencias de mi discurso. La ciencia es venerable, lo confieso; la política es necesaria, lo declaro; el heroísmo es glorioso, no puede dudarse; los sabios, los gobernantes y los conquistadores merecen gratitud, despiertan admiración, son inolvidables, están rodeados de una aureola de grandeza; pero la ciencia es para una minoría selecta, el gobierno es particular, estrecho, no salva las fronteras: el heroísmo derrama la sangre y produce la muerte. El Arte, en lo que tiene de traducción de la belleza, de expresión de la belleza, es para todos los hombres; es universal, sin límites ni nacionalidades, y es puro y generoso, sin mezcla de daños y sin riesgo de calamidades. Todos los hombres pueden admirarlo, todos los pueblos pueden tenerlo por suyo. Ni la abstracción le ha obscurecido, ni las fronteras le han monopolizado, ni la sangre ha caído sobre su blancura inmaculada.

La Imitación

Todavía tiene un aspecto muy interesante esta influencia de que ahora hablamos: en el fondo del alma humana, por vulgar que sea, existe el instinto natural y el vivo e inextinguible deseo de la imitación: instinto a veces ciego en las muchedumbres que las impulsa detrás del génio artístico con irresistible vocación, con ardi-

miento incontinente. El pueblo ha de admirar, se ha de complacer en las cosas grandes y sublimes y ama por una tendencia natural lo que contempla y procura imitar y traducir lo que ama. No lo imita y traduce en la obra de arte, porque carece de inspiración, pero lo imita y traduce en las realidades de la vida. De lo vulgar no nace más que lo vulgar. La belleza limpia el corazón de los hombres y eleva el corazón de los pueblos: si no se imita la grandeza sublime del Arte, se imitará la vulgaridad prosáica de la vida. Algo hay que imitar, algo ha de inspirarnos y dirigirnos, porque las almas no se satisfacen con funcionar, como las máquinas, con el movimiento uniforme, rígido, de un organismo sometido a la fatalidad de leyes implacables.

Al llegar a este punto nosotros, los creyentes, no podemos esquivar una declaración: el artista ha de ser religioso. Dejaré hablar sobre este asunto al P. Félix para evitarme el riesgo de caer en el error o en la herejía. «Lo sobrenatural es al arte lo que es al mismo hombre: es una gloria, una aureola. Los artistas que trasladan al lienzo la expresión verdadera del rostro de nuestros santos, colocan de ordinario, al rededor de su cabeza iluminada, lo que se llama el nimbo de la santidad: iluminan con rayos más brillantes aquellos dulces y serenos rostros: hacen de ellos, literalmente hablando, unos rostros ardientes, fisonomías celestiales que parecen alumbradas por una luz que desciende directamente del cielo. Lo que estos nimbos son a los rostros de nuestros santos reproducidos por el génio del arte, es lo sobrenatural para el mismo arte, todo entero. Lo sobrenatural, abre perspectivas que permanecen eternamente cerradas para el génio confinado en el naturalismo puro, por muy elevado que sea. Lo sobrenatural es como una abertura en lo infinito, entrevista a través del misterio: hace flotar en lejanos horizontes, en medio de un azul más eterno que el de nuestro cielo, imágenes

El Artista religioso.

hechiceras y envía al artista visiones que le transportan más allá de todas las bellezas naturales.»

Viene, a este propósito, a mi memoria un recuerdo que me decido a transmitir y que confío que ha de seros grato. Hace muchos años leía yo las conferencias del P. Félix con singular atención, con delectación creciente: en una de ellas y combatiendo ciertas audaces afirmaciones de Renán, exclamaba el Padre con santa indignación:—¡Quereis pintar con toda su belleza y todo su encanto incomparables el tipo de la pureza en lo que nosotros llamamos por excelencia la Virgen Inmaculada, la Virgen Madre y no creéis en el privilegio de su concepción inmaculada! ¿Qué digo?. ¡Vuestra blasfema negación sonrie ante la religiosa unión de la Virginidad y de la Maternidad y os jactais de imprimir en su fisonomía y de extender sobre su persona este esplendor suave con el cual yo contemplo a la Madre de Dios, que es mi madre también.!

Cuando acabé de leer ese párrafo vino a mi memoria, como ejemplo maravilloso para confirmar la idea del famoso jesuíta, aquel sublime elogio que el marqués de Valdegama consagró a la Virgen en su discurso de recepción en la Academia Española. Ciertamente el marqués era un orador deslumbrante, pero sin su fé, sin su amor fervoroso a la Madre de Dios y de los hombres no hubiera escrito jamás esta página de insuperable belleza. »María es una criatura aparte, más bella por sí sola que toda la creación: el hombre no es digno de tocar sus blancas vestiduras; la tierra no es digna de servirle de peana, ni de alfombra los paños de brocado: su blancura excede a la nieve que se cuaja en las montañas, su rosicler al rosicler de los cielos, su esplendor al esplendor de las estrellas. María es amada de Dios, adorada de los hombres, servida de los ángeles. El hombre es una criatura nobilísima, porque es señor de la tierra, ciudadano del cielo, hijo de Dios; pero la mujer se le adelanta y le deslustra y le vence, porque María tiene

nombres más dulces y atributos más altos. El Padre la llama hija y le envía embajadores, el Espíritu Santo la llama esposa y le hace sombra con sus alas, el Hijo le llama madre y hace su morada de su sacratísimo vientre: los serafines componen su corte, los cielos la llaman Reina, los hombres la llaman Señora: nació sin mancha, salvó al mundo, murió sin dolor, vivió sin pecado.»

Otro aspecto de la cuestión: un joven dotado de gran sentido artístico ha escrito estas palabras: «Se experimenta la necesidad de tener la conciencia pura para aproximarse a lo bello.» Y un sacerdote francés de agudo talento y extensa cultura, éstas que siguen: «un autor ha hecho notar que cuanto mayor es la pureza del alma, mayor es la antipatía que ésta experimenta hacia la fealdad. Y lo que demuestra todavía más, cuán grande y perfecta alianza forma la práctica de la castidad con el amor de la belleza, es que al mismo tiempo que la pureza nos atrae hacia lo que es bello, lo que es bello contribuye, por su parte, a hacernos más puros. La noble pasión de lo bello predispone a la virtud y sin que tratemos de escudriñar las causas es lo cierto que nos sentimos mejor después de haber admirado. No aconsejaría yo a una virtud combatida y a una castidad militante que se contentasen con la contemplación de lo bello, pero es indudable que hay en la contemplación de la verdadera belleza un no sé qué de purificador.»

Lo escabroso del tema me invita a no insistir sobre él: es difícil hablar castamente de la castidad; pero sí quiero aprovechar las indicaciones que preceden para una observación que es capital en el estudio que hemos emprendido. La nota característica, fundamental de la influencia que la belleza, especialmente la belleza artística, ejerce sobre el hombre, sobre la sociedad, es lo que en lenguaje jurídico podía llamarse el principio de reciprocidad. Ciertamente el Arte influye poderosa y eficazmente en la vida: indudable es la influencia que la vida ejerce sobre el Arte. Uno y otra se reflejan en

La Pureza

La reciprocidad

forma manifiesta e inexcusable. En la vida se advierte fácilmente lo que el arte reinante vá depositando en ella: en el Arte se vé con visión clarísima la influencia que sobre él vá ejerciendo la vida. Y esta influencia es tan ponderada, podía decirse tan equidistante, que a veces no será fácil distinguir si la vida camina bajo la influencia del Arte o es el Arte el que anda con el impulso de la vida. Una cosa es cierta: que ambos marchan juntos, armónicos, en franca y efusiva amistad.

A semejanza de aquella duda que expusiera Fígaro, de si no se lee porque no se escribe o no se escribe porque no se lee, puede considerarse viva y permanente esta interrogación: ¿La vida es heróica porque el Arte es épico, o el Arte es épico porque la vida es heróica.? ¿La vida es soñadora y espiritual porque el Arte es romántico, o el Arte es romántico porque nace en un ambiente de ensueño?. ¿Homero fué el poeta de Troya o Troya fué el pueblo Homero.?

Mi humilde opinión es que los artistas son los predecesores, que los pueblos suelen ir a ia zaga de los artistas, siguiendo sus pasos y reflejando en sus costumbres y en sus instituciones las enseñanzas y los principios inspiradores que en las obras de sus artistas contemplan y recogen. Los literatos, novelistas, oradores y poetas son especialmente los grandes maestros, los grandes conductores de las muchedumbres.

No citaré sino ejemplos muy próximos: Voltaire y Mirabeau influyeron más en la revolución francesa que los desaciertos de la Monarquía y los principios de la Enciclopédia: Cuba fué libre en la literatura algunos lustros antes de iniciarse la primera guerra separatista: el nacionalismo catalán descendió desde las cumbres de la poesía y de la Prensa a las llanuras de la realidad y a la arena candente de la política; y la anarquía rusa encendió en la novela y en la crónica literaria las llamas que abrasaron al pueblo y redujeron a cenizas todos los principios fundamentales.

El rayo que hiere a los pueblos y a sus instituciones suele forjarse casi siempre entre las nubes rojizas y siniestras que turban o inquietan los espíritus de sus artistas más esclarecidos. De aquí la tremenda responsabilidad de los artistas directores: de aquí también, a veces, la enormidad abrumadora de su castigo: Mirabeau murió con oportunidad suficiente para librar su cabeza de la guillotina, donde hubiera sido truncada con la de Veguiaud y Dantón por una burla sangrienta del tribunal revolucionario; y los escritores rusos, que predicaron anarquía y disolución social, tienen hoy que implorar un pedazo de pan por el mundo entero, y lo que es más triste, un poco de libertad para confesar el error de su literatura. En una novela española se pinta a lo vivo la corrupción de una doncella, contagiada por un libro inmoral y repugnante. El autor estudia el caso como un incesto, porque la muchacha corrompida y el libro corruptor eran hermanos, hijos del mismo padre.

No quiere esto decir en modo alguno que las instituciones y las costumbres, estén a merced de los artistas y vayan en pos de las creaciones bellas, con un seguimiento fatal e inexcusable. El Arte no bastaría nunca por sí mismo para derrocar las primeras y transformar las segundas. Lo que vengo sosteniendo quiere decir que en la variedad de causas que determinan las grandes catástrofes y las grandes reformas, el Arte y los artistas forman a vanguardia o a retaguardia, con acción decisiva o con acción coadyuvante; pero que forman en el ejército y operan con manifiesta actividad. Más que las palabras y las ideas influye en la moral el ejemplo y en la política la justicia. Sería cerrar los ojos a la realidad negar este aserto que no permite la duda. Pero hasta en este aspecto cabe, en algún modo, afirmar que el escritor es un ejemplo, porque su figura está alta y se vé desde los planos inferiores; y es un elemento de justicia porque juzga a los juzgadores. Ya dijo Flaubert que la estética no es más que una justicia superior.

Una influencia positiva, decisiva y exclusiva del escritor puede ser y es de hecho la que se ejerce en el lenguaje. Y cuenta que, como dice Benavente, el hablar con decorosa limpieza es principio de pulcritud en el pensamiento. Añade a este propósito el insigne escritor: «No quisiera yo desterrar de la literatura a los escritores llamados costumbristas aunque esas costumbres sean las de la gente baja: todo tiene derecho a la vida del Arte. Pero se abusa tanto de esta pintura en nombre del casticismo, del realismo, que ya son muchos los costumbristas que no se contentan con la copia, sino que violentan el lenguaje para ofrecer, a su vez, más bajo y canallesco vocabulario a los modelos.»

En efecto: desde la novela y desde el teatro descienden al pueblo palabras y frases del peor gusto que corren por todos los planos sociales y logran carta de hospitalidad aún en las gentes más elevadas, porque también en las palabras hay modas y también en estas modas suele haber desnudez y atrevimiento. ¡«Que te crées tú eso!» «Eres un pelmazo» «¡Qué burrada de mujer!» «Este chico es un golfo muy simpático» etc. etc. y otras mil de peor gusto todavía. No se pretende, claro está, que las gentes hablen como los autores escriben o deben escribir, con atildada elegancia, con irreprochable galanura: háblese con palabras claras pero castizas y propias, con locuciones y frases sencillas pero exentas de ordinariéz. Mucho menos quiere esto decir que se ha de hablar con énfasis enojoso y con pompa resonante, un lenguaje relamido y precioso: no vayamos a caer en el caso de aquella Serafina del poeta cómico que llamaba al carbonero gerente del combustible. Pero con palabras soeces, exentas de toda decorosa limpieza, no se consigue sino privar igualmente al pensamiento de toda pulcritud.

Y no se diga que los cuadros de costumbres populares forman un género de la más noble estirpe española; porque como dice el propio Benavente, autoridad bien

alta en el asunto, el argumento envuelve o constituye una verdadera profanación. «En las obras maestras de la literatura popular, el lenguaje siempre fué gracioso, limpio, popular y donoso, espontáneo y fresco, como flor o fruto, no como esos otros engendros artificiales, de vocablos rebuscados, de retruécanos inmundos con rancio olor a desperdicios de verdulería. Es natural: los unos huelen a campo, los otros a mercado.»

Al llegar a este punto se me plantea el gran problema: y le llamo el grande, no tanto porque sea el más elevado, como porque es el más escabroso y difícil, el más tratado y discutido, el que afecta por una parte a la libertad del artista, y por otra, a la nobleza y generosidad de toda obra de belleza; habeis adivinado que me refiero a la moralidad de la obra artística. Este problema tiene una relación estrechísima con aquel otro de la imitación de que antes me ocupé.

Yo no tengo duda de que el Arte no debe ser docente, pero tampoco tengo duda de que lo es. Tal vez no deba enseñar, pero enseña: tal vez no deba conducir, pero conduce: es un guía y lo es poderosísimo, mucho más poderoso de lo que el artista se propone. De aquí el deber de prudencia, de cautela, de admirable serenidad que ha de exigirse al artista. Las pasiones humanas, suaves, plácidas e inocentes en los hombres enérgicos, en los caracteres firmes que saben conducir las y templarlas, se muestran tempestuosas, arrolladoras y salvajes en las gentes débiles de voluntad, exaltadas de fantasía, escasas de años, ayunas de experiencia, indolentes y descreídas. Y como éstas forman mayoría, ha podido decirse con razón que la influencia de la literatura es más eficaz para el mal que para el bien.

Y cuenta que me refiero a los escritores bien intencionados, que por arte de la ligereza o del descuido causan el mal sin culpa ni intención de causarlo, a los de intenciones limpias y sanas. En cuanto a los que deliberadamente se proponen realizar el mal, en cuanto a los

que conscientemente ofrecen al mercado libros de fácil venta y explotan para ello todas las debilidades humanas, todos los desmayos de la voluntad y todos los ardores de la pasión, y pintan y dibujan y describen todo lo que puede servir para halagar y fomentar vicios repugnantes, costumbres perniciosas, anhelos exaltados, pasiones ardientes, ambiciones y codicias vergonzosas, y en general todos los bajos instintos de la bestia humana; todos esos hombres, aunque encubran su acción infame, con formas de belleza o la disimulen con gasas que a veces son más peligrosas que la desnudez total esos no pueden ser considerados como artistas sino como delincuentes, ni su obra como obra de arte sino como crimen y siempre con una circunstancia agravante, la de haber empleado para su ejecución la astucia, el fraude y el disfraz.

Permitid a un poeta de pobre inspiración pero admirador entusiasta de su musa, permitidle afirmar que la poesía lírica ha sido la más casta de todas las Artes. No puede considerarse exenta de pecado; pero de todas las hijas de Minerva, es Polymnia la que ha conservado con más integridad y mantenido con mayor decoro sus blancas galas de doncella.

Las palabras que siguen no son de ningún sacerdote, ni de ningún escritor de los que ahora se llaman retrógrados y clericales: han sido escritas por un hombre tan independiente, liberal y desenfadado como Jacinto Benavente: «El contagio del crimen por la novela, por el teatro, por el periódico, es un hecho indudable. Hoy ha venido a sumarse el cinematógrafo, y en vano es que se advierta el peligro. La sacrosanta invocación de la libertad en el Arte detiene al gobernante. Los gobernantes tienen mucho miedo en estos tiempos a no parecer muy liberales—salvo en tiempo de elecciones en que no suelen andar tan escrupulosos.—Pero el porvenir no importa tanto como un día: un día de elecciones.

No faltará quien me llame retrógrado—sigue Bena-

vente—por mostrarme partidario de una intervención previsoramente en el Arte. Nó; ¡si fuera en el Arte!... Para el verdadero artista no es necesaria más intervención que la de su propio buen gusto y la conciencia de su responsabilidad. Pero—diseis—¿es posible conceder al legislador y mucho menos al que ha de ejecutar lo legislado, tan sereno discernimiento para no confundir la verdadera obra de arte, con la obra de industria, pseudo-literaria? Aunque así fuera digamos como el santo Apóstol de la cruzada contra los albigenses: «Dios reconocerá a los suyos,» la verdadera obra de arte se salvará siempre. Y en cambio ¿de cuanta inmundicia nos veríamos libres novelescas, teatrales y cinematográficas?»

Hasta aquí Benavente: quiero hacer una observación en defensa de los autores, especialmente de los de dramas y comedias. Muchas veces es el autor el menos responsable de la mala influencia de su obra. Cómicos y espectadores se encargan, los unos con su dicción y con su gesto, los otros con sus risas, voces y comentarios de poner en las palabras del autor una malicia, un sentido de pecado que estuvo muy lejos del ánimo del que las escribiera. En el lenguaje vulgar y corriente empleamos de buena fé palabras y frases que pueden tener un sentido picaresco y francamente reprobable; pero las empleamos porque sabemos que los que nos escuchan no pueden atribuirles sino la significación propia y precisa, y de ningún modo la figurada o metafórica que las hace pecaminosas. Sin embargo un oyente malicioso podría atribuirnos una intención dañada.

Los cómicos para producir efectos y los espectadores para recrearse en la grosería de su invencible ordinariez, convierten a veces palabras y situaciones inocentes en escenas inmundas y en dichos abominables, imposibles de tolerar. Con razón las gentes de buena fé nos han preguntado a todos en el teatro multitud de veces: ¿por qué se rien ahora, que hay de particular y gracioso en lo que ha dicho ese actor? Pero la malicia se contagia

Los actores y el público

y el inocente acaba por ser avisado a fuerza de buscar explicación a las risas, gestos y comentarios de los demás.

No es cosa de poner ejemplos. Pero no puedo olvidar que el pasaje más crudo de cuantos he presenciado en nuestros teatros, lo ví en una ocasión interpretado por una actriz, (la citaré para honor suyo, la Bremón) de tal manera que nadie advirtió la escabrosa gravedad del caso. Y la escena pasó como natural y corriente, cuando siempre era motivo de escándalo y profanación. Pues, ¿sabeis lo que hubo de hacer la actriz para esquivar el peligro.? Una cosa tan sencilla como ésta: permanecer en escena un minuto después de una frase equívoca y suprimir en la expresión de ésta cierto tonillo lento, algo así como unos puntos suspensivos, conque solían pronunciarlas otras artistas de menos decoro. Yo no he olvidado este caso y lo he visto repetido en mil ocasiones. Claro que a veces no valen estos recursos: cuando la obra es resueltamente escandalosa, no hay actor que pueda evitar el escándalo. Solo la autoridad con sus decisiones, o el público con un resto de buen gusto o con un gesto de gentileza pueden impedirlo o sancionarlo.

Otro pecado del espectador: el público exige, casi sistemáticamente, lo cómico.—Bastantes desdichas ofrece la vida para ir a aumentarlas con las tristezas de la tragedia o del drama—suelen decir, con ridícula gravedad, muchas gentes que no han sentido más dolor que el de la envidia, tristeza del bien ajeno que no deja ser felices a los espíritus mezquinos. Y van a reír, es decir, a limitar la vida y a limitar el arte. Porque la vida es la risa es la alegría, pero también es el llanto y el dolor. Y el arte es la belleza y la belleza es la emoción, y la emoción ríe y llora; y así es la risa salud del espíritu y el llanto purificación del dolor. Pero como miran estas cosas los espíritus vulgares, la risa suele ser ordinariéz y grosería, y el llanto una molestia enojosa y evitable,

algo así como un zapato estrecho o un cuello excesivamente almidonado.

—¿Y qué sanción cabe?—No tengo yo autoridad y menos en presencia de varones tan insignes, para indicar un procedimiento. Pero se me alcanza un medio sencillo y bien expresivo. Ningún hombre bien nacido permite en su casa, ni siquiera a sus amigos más íntimos, palabras soeces ni actitudes inconvenientes y menos aún en presencia de su mujer y de sus hijos...¿Por qué permitir esas licencias al primer autor atrevido o al primer cómico desvergonzado? Pues del mismo modo que arrojaríamos de nuestra casa al amigo impertinente, abandonemos sin disimulos ni encogimientos, con toda valentía, la sala y el espectáculo en que se nos ofende. No podemos arrojar de allí al autor ni al intérprete, pero podemos ausentarnos nosotros. Y no iríamos solos, que el buen ejemplo siempre encuentra imitadores. Y el que que quiera quedarse...ahora soy yo el de los puntos suspensivos...el que quiera quedarse...que se quede. Y no se olvide que cuando se ván los espectadores dejan la puerta abierta para que se vayan el autor de la audacia y los intérpretes de su atrevimiento.

La cobardía nos pierde en esto como en tantas cosas con las que indebidamente transigimos. La cobardía de los buenos tiene entre otros inconvenientes el de prestar audacia y acometividad a los malos. Al fin, en la lucha entre el bien y el mal, como en todas las luchas, la fuerza vencedora puede residir lo mismo en la pujanza del que ataca que en el abandono del que se defiende. En materia de moralidad pública nada puede como el ejemplo y el ambiente y hay que redimir al primero y purificar al segundo con repetidos actos de energía y buen gusto. Huyamos del teatro sucio y desaparecerá. El que no quiera irse por respeto a la santa ley de Dios váyase por honestidad pública y en último caso para demostrar que tiene un paladar delicado. Porque, en resumen, si bien se mira, todo ello es cuestión de esti-

marnos a nosotros mismos. Esta cuestión no es una cuestión de catolicismo, es una cuestión de decencia. No se puede resolver con sermones elocuentes sino con la gallardía caballeresca de los hombres de bien.

Nosotros los padres de familia, los maridos, los hombres—dicho sea en toda la extensión de la palabra—tenemos que arreglar estos desvarios, estas abominaciones, como tenemos que arreglar las exageraciones de las modas, las desnudeces que ahora se usan y que se usaron en tiempos pasados y se usarán en el porvenir. Un sermón, un artículo de periódico, un libro, una conferencia contra esas audacias en el vestir, no tienen la eficacia que la acción de un padre de familia que prohíbe terminantemente salir a la calle a la mujer o a la hija vestidas con poco recato. Nada más efectivo que esa actitud. Ya se alargarán mangas y faldas y se cubrirían gargantas y hombros. Porque toda mujer tiene de hecho inclinación natural a vestirse según la moda de su época. Pero si se le advierte que la moda puede agraviarla y afrentar de paso a su marido y a sus hijos y son éstos precisamente los que le hacen ver el motivo del escándalo, difícilmente persistirá en un capricho tan caro.

Notad que la mujer acostumbrada a pensar que es depositaria del honor de su marido y de sus hijos, y la doncella convencida de que lleva en su conducta el buen nombre de su padre, han de considerarse exentas de responsabilidad, y en ello hay cierta lógica natural y por natural convincente, cuando pueden decirse a sí mismas: verdaderamente que el espejo me indica que voy vestida con cierta libertad y desenvoltura, pero cuando mi marido, o mi padre, o mi novio—porque el novio, al fin, es el marido de mañana—cuando ellos no me dicen nada, no me prohíben esta desnudez, no será ello tan pecaminoso. No lo dudeis: cuando las mujeres visten con poco recato y asisten a espectáculos escandalosos lo hacen bajo la responsabilidad primaria y fundamental de los maridos y de los padres. Mucho puede y debe hacer

el confesor y el predicador y el escritor. Pero yo creo que los consejos en los confesonarios y las exhortaciones de los sermones y los artículos de periódicos y revistas no deben dirigirse a las mujeres sino a los hombres, si se ha de conseguir de un modo eficaz y práctico esta reforma de las costumbres.

El pudor es algo nativo y sustancial en toda mujer. Todos los hombres de mundo sabemos que el teatro libre, la moda libre, y otras libertades semejantes, son para la mayoría de las mujeres que las usan y practican un verdadero suplicio. Lo sufren porque creen que el ambiente, la costumbre, la categoría social lo exige con mandato imperativo—¡cuántas lo harán porque sus maridos y sus padres, al acompañarlas en sociedad no se avergüencen de llevar consigo señoras anticuadas, vestidas con cinco lustros de retraso, o con ridículos temores!

Y nada más, porque temo haberos molestado con exceso. Termino, pues, con estas palabras de Benavente, que resumen mi pensamiento:

FINAL

«Si el escritor pretende ser en estos días portaestandarte de la vida social, no adule ni mienta, piense que tan bajo es ser adulator de reyes como adulator de multitudes; que la pasión y la lucha sean en su obra las luchas y pasiones de todos; pero sobre ellas ponga el artista un ideal de amor y de perfección. En arte, la inquietud es lo perecedero; la serenidad es lo inmortal. Obra que no deje en nuestro espíritu un noble anhelo de amor; obra que no purifique siquiera nuestro pensamiento, ya que no sea tanta su virtud que mejore nuestra conducta, es obra mala. Obra que deje amargura de odio y desesperación, no es, no puede ser obra de verdadero artista. Y no es preciso, para conseguir esta moralidad, falsear caracteres ni pasiones. Nó. La moralidad del Arte ha de ser tan alta, tan elevada su justicia, que ni la maldad triunfante ponga en nosotros el deseo de triunfar

como ella, ni la bondad más perseguida nos haga maldecir de nuestra bondad.»

«Cuando más incomprensible nos parece la injusticia, es cuando más comprendemos la necesidad de una justicia suprema. Esa justicia sólo puede ser la de Dios. Pero la mayor ofensa que puede hacerse a Dios, es la de interrogarle. Y menos aún con apremios de momento:» «¿Por qué ésto? ¿Por qué lo otro? ¿Es ésto justo? ¿He merecido yo ésto?» Dios no responde a la hora; su tiempo es la eternidad.

«Pues esta justicia, esta moral de la eternidad, ha de ser la moral del Arte. Admirable puede ser el artista que ponga en su obra todas las turbulencias de la vida; divino será el que sobre las turbulencias, como una serenidad del cielo, ponga un ideal de justicia y aún más alto, un ideal de amor.»

